



La poesía como descubrimiento

Ángel González y yo nos conocemos desde que empezamos a publicar, que ya ha llovido. De modo que mejor no hacemos la cuenta del tiempo que hace. A partir de la aparición de su primer libro de poesía, *Áspero mundo*, y del mío, *Las adivinaciones* (ambos aparecidos en los años 50), solíamos vernos con regular frecuencia y acordamos tácitamente desde un primer momento que, salvo casos de extrema necesidad, no teníamos por qué referirnos a cuestiones literarias en el curso normal de las conversaciones. Y hemos seguido respetando ese pacto, a no ser que nos fallara la memoria o que se cruzara por delante alguno de esos funcionarios de la literatura tan propensos a hablar siempre de lo mismo y, por tanto, a suscitar respuestas destempladas.

Ángel aún no se había dedicado por entonces a la enseñanza de la literatura, suponiendo que eso se pueda enseñar, pero ya tenía una magnífica capacidad de observación analítica. Sus puntos de vista tienen mucho de registros temporales donde se engrana lo que pasó hace poco con lo que va a pasar mañana mismo. Quizá se trate de una maniobra de aproximación crítica donde hasta la fachada del humor reactiva la lucidez del fondo. Una lucidez que siempre llega a su máxima temperatura en ese impreciso momento de la conversación que coincide con la alta madrugada. Y ya ahí todo resulta de una perspicacia entre irónica y erudita, que incluye a partes iguales el antídoto del ingenio y una especie de improvisada técnica de la imaginación. A mí me parece que eso se le nota más a Ángel cuando no tiene una guitarra a mano (aunque la busque incluso con insolencia) y se vea obligado a suplir la tesis melódica de un bolero o una vaqueira por una teoría absolutamente rigurosa -pongo por caso- sobre el uso del adjetivo patológico en los últimos modernistas.

Después de aquellos encuentros iniciales, Ángel y yo anduvimos juntos por diversos recodos de dentro y fuera de España: Italia, Francia, algún que otro país de circulación entonces prohibida, alguna que otra descubierta por sus pagos norteamericanos de Albuquerque, de cuya universidad fue profesor memorable. Por cierto, también estuvimos juntos en Collioure -en la celebración del veinte aniversario de la muerte de Antonio Machado-, donde se fraguó lo que sería llamado de manera ya incorregible grupo poético del 50, el mismo que ya aportó entonces al anémico clima cultural español, como decía Ángel, una nueva manera de vivir y de beber. El alcohol tenía entonces mucho de contraofensiva particular contra los convencionalismos y los bienpensantes de turno. Y lo demostramos con creces en aquel Madrid mediatizado por la mezquindad y la grisura del franquismo. “Otro tiempo vendrá distinto a éste”, decía Ángel en un poema de aquellos años, pero ese tiempo tardó demasiado en llegar, al menos para nosotros. Solíamos vernos preferentemente por las noches. Tanto es así que cuando coincidíamos por ahí de día, nos quedábamos como extrañados, como si no nos reconocieramos del todo. Así eran las cosas.

Pienso que Ángel González ha conseguido la plenitud sin abandonar en ningún momento la ruta emprendida con su primer libro, *Áspero mundo*. No quiero decir que su poesía haya ido sucediéndose a sí misma sin mayores cambios o sin atravesar por sus correspondientes tramos evolutivos. Lo que pasa es que Ángel ha ido avanzando sin dejar de ser fiel a sus orígenes. Su



voz es la misma que la de hace casi medio siglo, pero cuántos nuevos hallazgos expresivos, pulimentos, logros en todo ese tiempo, hasta alcanzar la cima de *Otoños y otras luces*. Aquí está justamente manifestada la plenitud, la madurez a que me refiero. Que eso ocurra cuando un poeta llega, como Ángel -y como yo-, a lo que Jorge Manrique llamó arrabal de senectud me parece francamente excepcional.

Esa primera fase de la poesía de Ángel, la que podría situarse entre *Áspero mundo* y *Tratado de urbanismo*, me enseñó muchas cosas. Una de esas cosas se convirtió con el tiempo en una lección inolvidable. Me refiero al uso de la ironía. A partir de algunos poemas de *Sin esperanza, con convencimiento*, de *Grado elemental*, del citado *Tratado de urbanismo*, entendí muy bien que la poesía -que la literatura en general- en la que no se filtre una cierta dosis de ironía tiende a convertirse en un sermón. Y la verdad es que cada vez estaba uno menos dispuesto a oír sermones.

Estoy convencido de que Ángel González se ha ido convirtiendo, paso a paso, sin prisas, casi sin proponérselo, en un poeta de extraordinaria capacidad indagatoria en torno a ese enigma que para entendernos llamamos realidad. Su obra ocupa ya en este sentido un lugar eminente en la historia social y artística de la poesía del último medio siglo. *Otoños y otras luces* corrobora lo que digo. Los poemas pueden sonar a otros anteriores del autor, sobre todo a través de ciertos comunes rasgos sintácticos (y del tono general, claro), pero también ratifican algo como recién inaugurado, algo que incluso anticipa lo que vendrá. El simbolismo precedente es aquí más elegíaco, más mediatundo. Otras anteriores pautas de su obra (la crítica de la sociedad -y de la vida-, los recursos de la ironía, las actitudes morales “sin esperanza, [pero] con convencimiento”) desembocarían en una crisis de escepticismo donde hasta la citada ironía se convierte en sátira, en parodia o simplemente en chiste. Pero Ángel González regresaría, como digo, a sus fuentes con ejemplar fidelidad para plantear con nuevos recursos la misma crítica de la vida, la misma noción moral del mundo, a través de un andamiaje expresivo cada vez más operativo, más eficiente.

Al final, con *Otoños y otras luces*, vuelve el poeta a su mejor tensión expresiva, a su mejor manera de abordar el conocimiento de la realidad, de intervenir en la historia. Son poemas de amor y desamor, de lirismo paisajístico, de memorias y deseos, por donde fluyen sombras queridas y justicieros tributos literarios: Juan Ramón, Machado, Pedro Salinas, Claudio Rodríguez... Hasta en la forma de asociar las figuras retóricas se percibe esa actitud del poeta enfrentado, como él diría, a la moratoria crepuscular de la vida. Sólo añadiré que la personalidad de Ángel González logra que su poesía alcance en este espléndido libro su más emocionante y luminosa razón de ser. El poeta reafirma lo que siempre fue: un maestro del lenguaje, un exquisito conocedor de todos y cada uno de los resortes léxicos y sintácticos que elevan la experiencia poética al rango de un descubrimiento del mundo.

